



# CARICATURA.

*Abner Ayres*



EL INTENDENTE :- Ese tal "Variedades" me vuelve loco:  
saco a los guambas y me hacen bulla los viejos....Tengo que e-  
migrar?

# Precio de suscripciones para 1920

## —REVISTAS DE ULTIMA MODA PARA SEÑORAS Y NIÑAS—

	Un año 6 meses		Cm.
Weldon's Ladies Journal con plátanos	81.	6.50	3.50
Weldon's Journal		5.00	3.00
Weldon's Bazar		6.00	3.00
Arte y Moda		9.00	5.00
Pictorial Review		7.20	4.00
Espejo de la Moda		6.50	3.50
La Moda Elegante Ilustrada		30.00	15.50
Femina Modas y Sport		24.00	13.00
Paris Elegante, última creación		23.00	12.00
Les grandes Modas de Paris		22.00	13.00
Femina Chic Paris edition Luxe		24.00	13.00
Vogue en castellano		18.00	10.00
Mi Revista—modas, dibujos y labores		7.00	4.00
La Mujer en su casa		28.00	15.00
L'Album Tailleur de la Femme Chic		7.00	4.00
Chic et Simplicité, illustrée		14.00	8.00
Les Chapeaux de la Femme Chic		20.00	10.50
Les Elegances Parisiennes, gran lujo		36.00	19.00
Los Modos modas y artes		24.00	13.00
Chiffons—publicación trimestral, ilustrada		31.00	11.00
Le Livre de la Mode a Paris		20.00	10.50
Patrons Français, Album trimestral		5.50	3.00
Weldon's Catalogo, publicación tres veces al año		2.40	1.50
Español—Modas, album temporal dos veces al año		3.50	1.50

### REVISTAS ILUSTRADAS

La Esfera, ilustración mundial	29.00	15.00	0.65
Blanco y Negro, arte y literatura	18.00	9.50	0.30
Novo Mundo, ilustrada	18.00	9.50	0.40
Hojas Selectas, revista para todos	8.00	5.00	0.30
Los Muchachos, revista para niños	7.00	4.00	0.20
Cosmopolis, colaboradores los grandes maestros contemporáneos	15.00	8.00	3.40
Boletín de la Unión Pan-Americana	9.00	5.00	0.60
El Mercurio, New Orleans	7.00	4.00	
Stadium, revista de Sport	11.00	6.00	
Revista Cervantes: Director Villaspesa	15.00	8.00	1.40
Plus—Ultra, ilustrada gran lujo	21.00	11.00	2.00
Cámas y Carpetas, ilustrada	21.00	11.00	0.50
La Odontología, de ciencias dentales de Madrid	3.50	5.00	
La Hacienda, agricultura y ganadería	8.50	5.00	
El Mundo Científico, inventos modernos	18.00	10.00	

### EN FRANCÉS

Le Rire—Journal humoristique	16.00	5.50	0.25
Lecture Pour Tous, ilustré (mensual)	14.00	7.50	1.40
Je Sais Tout	14.00	7.50	1.40
La Vie Parisienne humoristique	23.00	12.00	0.60
L'Illustration, Paris Journal Universel	46.00	24.00	1.00

A más de las anunciadas acepto suscripciones a cuantas Revistas y diarios se soliciten, hay números de meses pasados de todas las Revistas anunciadas que se venden a la mitad del precio de los últimos llegados. Acepto suscripciones de provincias y pedidos de números sueltos mandando su valor.

## SEMILLAS FRANCESAS DE HORTALIZAS

y flores recibidas últimamente, diez paquetes surtidos UN SUETE.

Plantas vivas de hortalizas, se vende por cientos a solicitud del público y a precios baratos.

Semillas de Vilmorin Andrieux y Co. de venta en Quito en la

LIBRERIA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

**C. B. SANCHEZ**

CALLE DEL CORREO

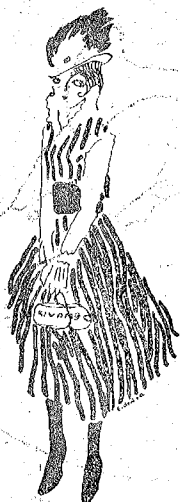
NOTA.—Jacintos de Holanda dobles y sencillos, blancos, rosas, azul, lacio y otros colores cada planta. St. 0,25 y St. 2,40 la docena surtidos.

LA SAMARITANA  
DE  
A. Kiuan & Cía

IMPORTADORES

Almacén de fantasía

VENTAS  
POR MAYOR Y MENOR



CALLE DEL CORREO

ESQUINA DEL PASAJE ROYAL

Casilla de correo N° 7

Teléfono nacional

Núm. 1-2-0

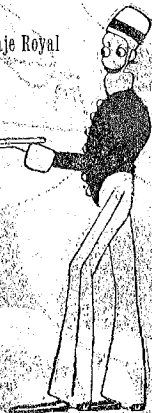
DIRECCIÓN TELEGRÁFICA

Kiuan - Quito

Almacenes de Guillermo López

Calle del Correo

Pasaje Royal

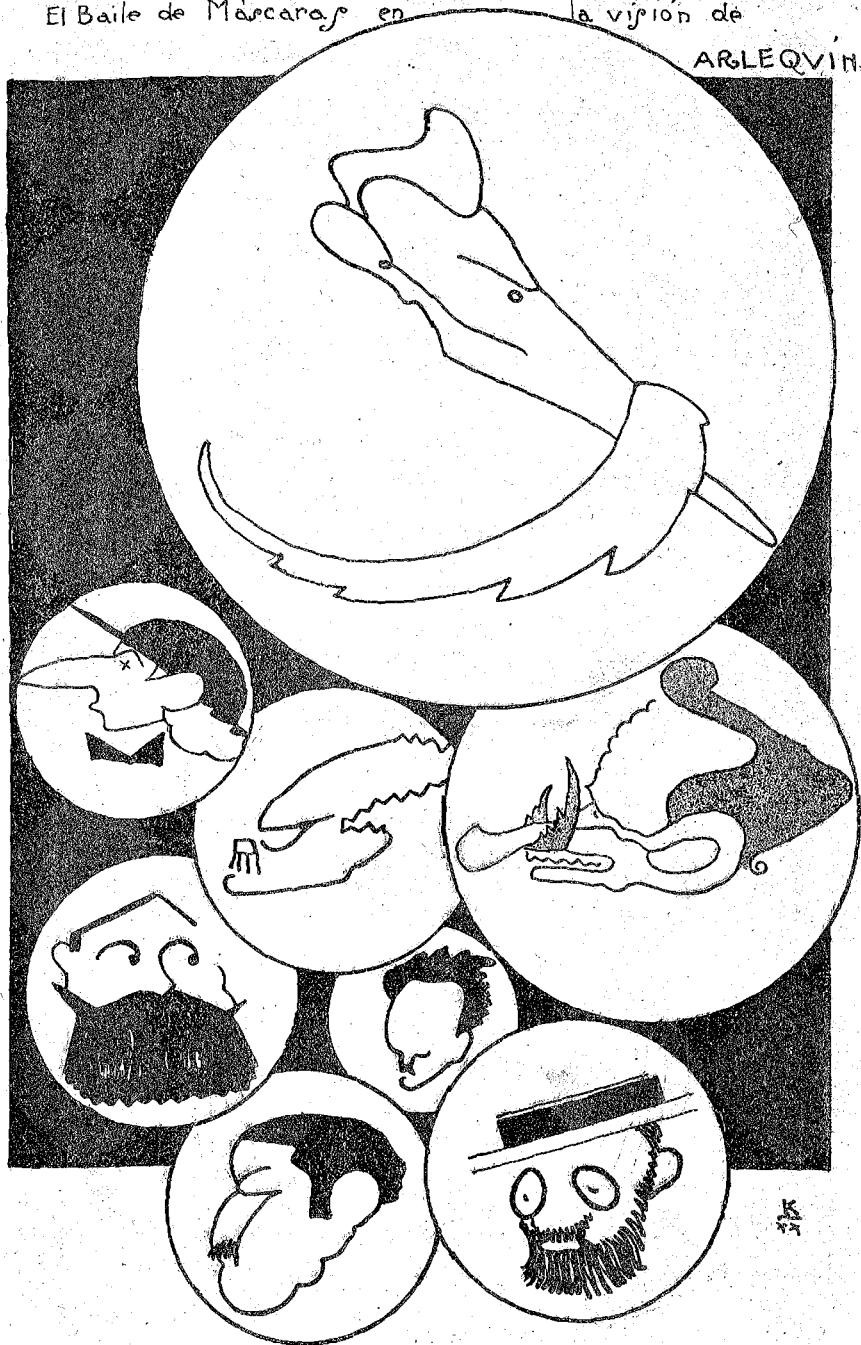


JOYERIA.  
RELOJERIA, BAZAR

El surtido más completo en juegos  
de Té, Computeras, Floreros, etc.  
Bogallos finas, Material fotogra-  
fico, Calzate americano.

Precios bajos. Artículos de primera clase.

El Baile de Máscaras en la visión de ARLEQUIN.



## EL BAILE DE MASCARAS

*Fue una fiesta de alegría  
la fiesta del Carnaval  
en que lucieron, igual,  
caprichos y poesía.*

*Con extraños antifaces,  
todos fueron a bailar,  
y en la danza singular,  
lucieron estos disfraces:*

*Don Alfredo, sin protesta,  
y cual cimplé a un caballero,  
concurrió asfale a la fiesta  
hecho Felipé Tercero;*

*y don Enrique, ya en Quito,  
aunque con el alma enferma,  
fue haciendo del favorito  
terrible Duque de Lerma.*

*Leonidas, con buenos modos,  
y con dulce retintín,  
quiso conquistar a todas,  
con hábitos de Rodín.*

*Augusto, el buen Canciller,  
en su atención cortésana,  
tuvo el capricho de hacer  
papel de Cástu Susana.*

*José María, con sumas  
y cultas maneras fue  
con un penacho de plumas  
remedando a Tabaré.*

*Don Miguel que ve consciente  
el país en honda abismo,  
hizo el papel de Inocente,  
disfrazado de sí mismo.*

*Manuel Eduardo llegó  
sin ningún disfraz ni embozo,  
mas muy bien representó  
de Rey Felipe el Hermoso.*

*El General Von Moisés,  
con yelmo, espada y capote,  
su acerada rigidez  
la lució de Don Quijote*

*Luis Antonio fue una aureola:  
rememoró en su papel  
la margarita española  
luciendo de Pedro el Cruel.*

*Reinildo, meditando,  
en Loja sabio doctor,  
a esta fiesta del gran mundo  
fue vestido de Señor.*

*Y Alejandro, el Concejero,  
discípulo de Bástiat,  
llegó esa noche el pistrero  
disfrazado de Mára.*

*El Botón, desbotonado,  
en la fiesta no bñó,  
hacia de derrotado  
con traje de Clémenceau.*

*Manuel R. el Profesor,  
como un sabio que medita,  
representó con rigor  
a Simón el Estilita.*

*Luis N., altiva conciencia,  
llenó de glorioso orgullo,  
iba derramando ciencia  
vestido de Pero Grullo.*

*Don Leopoldo dió alto timbre  
a su ropaje de Crespo,  
y allí demostró la urdimbre  
de la Gloria y el Progreso.*

*Ernesto, el de buenas artes,  
con túnica estrofularia,  
llegó, como a todas partes,  
haciendo de Abate Feria.*

*Al doctor don Aparicio,  
de la cabeza a los pies,  
le resultóba propio  
bailar de Pedro de Arbués.*

*Monsalvo penetró al baile  
desafiante y altanero,  
con un vestuario de fraile  
diciendo que era Lutero.*

*N. Clemente, de inquieto  
y abundante inspiración  
fue remediando al poeta  
y clásico Darjenton.*

*Mas como un suave reproche  
a estos fantásticos seres  
lucieron en esa noche  
su belleza las mujeres.*

Allí las rubias del Norte;  
la gracia de Audalucía;  
allí la fastuosa Corte  
de la Reina Fantasia.

Allí Cleopatra entre rosas;  
allí Damas y Hechiceras,  
y Princesas primorosas,  
y Auroras y Primavera.

Entre risas cristalinas  
iban Atala y René;  
gorjeaban las Colombineas  
y danzaba Salomé.

La flor del harén, perdida  
en ensoñación azul,  
cantó el amor y la vida  
de su gloriosa Estambul.

Y en caprichoso misterio,  
bailaron al rigodón  
las pelucas del Imperio,  
con las togas de Nerón.

En suma, allí la alegría  
reíno, serena y gentil,  
junto a la galantería  
de la turba estudiantil.

Y embadernada la faz  
con albayalde y carmín,  
también yo, con mi disfraz,  
hice, como hoy, de

Arlequín.

#### Nota de la Redacción

Para evitar, con buen fin  
toda rectificación:

**Esta es sólo una visión,  
que tuvo nuestro Arlequín.**

## J. M. Roura Oxandaberro

Nuestro gran amigo, el maestro caricaturista que tan inolvidables recuerdos dejó en esta ciudad, ha cumplido la oferta hecha de colaborar en este semanario con sus admirables y sutiles páginas.

«*El Pasillo Ecuatoriano*», una especial visión de la Costa alegre y bullanguera, que parece romper con agudas rotas la pesadez del calor tropical, es la página que hoy publicamos, en la que se transparenta la visión aguda y el fino espíritu del maestro Roura Oxandaberro, que sabe dar con su lápiz rapidísimo gran expresión y admirable vida a todos sus cuadros.



## EL CHARLATAN

Tengo por amigo a un charlatán de una especie muy rara. Es fino, espiritual, dotado de una memoria prodigiosa y muy exigente respecto a la elección de sus víctimas.

Es un diletante en la materia. No es el hablador aturdido, gritón, que no deja hablar a nadie... ¡Oh, no!

Mi amigo sabe callarse. Le he visto horas enteras distraído, pensativo. Está muy bien educado y os escuchará atentamente siempre que no abuséis de su paciencia, haciéndoos la impresión de que se interesa en lo que le contáis.

Sonríe, aprueba con la cabeza lo que decís..... Pero no cometáis la imprudencia de preguntarle: —¿Eh? .... ¿Qué le parece?... ¿Qué me dice usted de eso?... etc., porque entonces estáis perdidos. Sólo ha esperado la más leve señal, para empezar su relato.

—¿Lo que me parece?—os dice radiante;—pues muy sencillo. Fíjese usted que un día.... ¡Y cualquiera le ataja!

Sería necesario para que se interrumpiese, un acontecimiento sensacional; la llegada de un telegrama anunciando la muerte de vuestra madre, que se produjese un corto circuito, un temblor de tierra.

Habla con volubilidad a sus anchas, y al cabo de diez minutos, dice:

—Esto es lo que me parece, amigo mío.

Y con ello os obliga a reconocer que sois vosotros los que le habéis empujado a hablar; después abandona el tema y prolonga la conversación haciéndose preguntas y respuestas.

—¿Si lo sabía?... ¡Estaba seguro!... ¿De veras?... ¡Como te lo cuento!... Si hacéis un gesto que traiciona vuestra fatiga, dice:

—Ahora viene lo bueno...

Y si dejáis escapar un suspiro de impaciencia, exclama:

—En fin, abreviemos los hechos...

Y si toséis, dice:

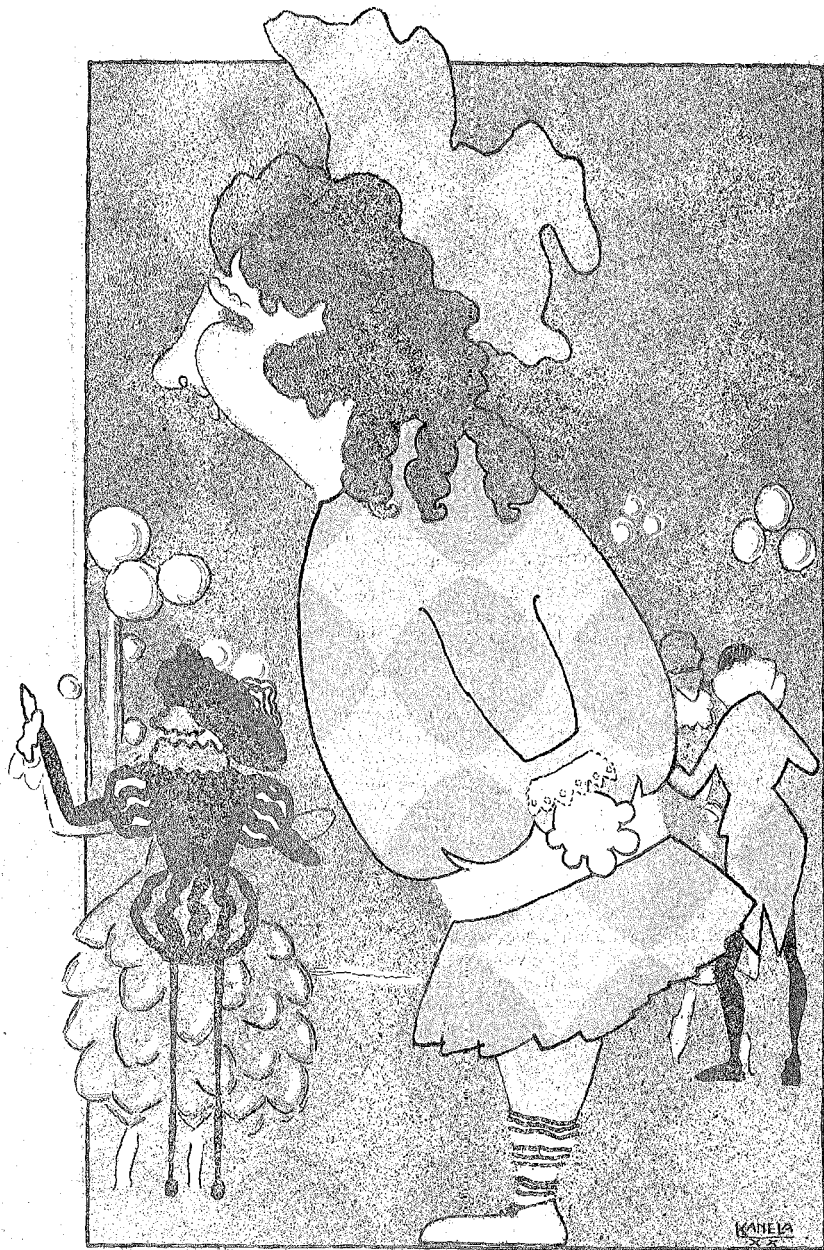
—Y para terminar....

Luego, sin que os déis cuenta, pasa al tercer «truco» de su método, que es, según mi opinión, el más característico. Convencido de que vuestra voluntad tiene límites y que no conviene abusar, cesa de atraer vuestra atención sobre lo que dice; os deja pensar en vuestros negocios, os deja descansar. Adopta una voz monótona, habla sin la más leve entonación. Sabe muy bien que no le escucháis; vosotros no os dáis cuenta, pero él sí. Parece que os hubiera anestesiado. Y sin gestos inútiles, sin cansarse, habla sin cesar, para complacerse a sí mismo.

**Sacha Guitry.**







Avante del Baile de Marcaran. ....

# EL PUENTE

Quiero dejarlo escrito para el comentario de los investigadores futuros. Para la discusión apasionada que en los años por venir, cuando haya arrojado la ciencia algunas gotas más de luz sobre el misterio, se ha de encender de juro en vetustas asambleas de calvas rutilantes a propósito de este caso enigmático, torturador que hoy me obsede hasta abrasar mi vida en una sola llama.

Sonriendo he escrito estas dos palabras *mi vida*. Porque (es que hablo acaso de un hecho positivo y tangible como el de esas innumerables vidas que cantan o claudican a lo largo de la acera bulleante o en el hueco de los tranvías, bajo esta misma ventana que toco o creo tocar, que he abierto hace un minuto con ruido que mis ojos percibieron claramente....)

Veréis..... No he querido hasta ahora comunicar a nadie. Por lo pronto, mis hábitos actuales son los mismos que mi cuerpo cultivó siempre en aquella existencia indudable y lejana que duerme del otro lado del drama horrible. Como, saludo, sigo las modas, aprieto una cartera bajo el brazo tembloroso no sin temor a que se reblandezca de súbito y me envíe al rostro su hedor de sepultura. Mi equilibrio, creído hondosamente, preguntado a mis amigos, mi equilibrio no ha padecido un ápice.... Bien se entiende que no lo he confesado a los médicos. Apostaría a sus sonrisas piadosas, a sus dictámenes proflácticos: reposo, huelga de lecturas, un paréntesis inerte, vegetal, en mi actividad pensante.... Y con todo, la duda subsistirá, y la misma pregunta habría de martillar en mi cerebro o en mi foco de pus.... Héla aquí: «¿Estoy vivo o estoy muerto?» Enorme, enorme, ¿verdad? ¿?

¿Cómo fue que empezó? ¿Quién sabe?... Imagino que me he ido muriendo poco a poco, desde mi verde niñez, desde aquella tarde sombría en que a vuelta del colegio sentí torpe la lengua y el paso medroso. El oval espejo tallado de mi abuelo me de-

volvió una imagen lívida y gesticulante y caí fulgurado sobre el mármol, la boca borrada por una espuma verdosa.... Por fortuna pasó prontamente.... Y así las veces sucesivas.... Pero en la consulta del doctor se inquirió sobre la vida de mi padre, ya entonces muerto. Algo raro, enigmático, se diagnóstico: sólo me quedó fija una frase lenta, apoyada con una mirada perforadora por sobre los espejuelos: «Pudiera ser... pudiera ser un candidato a la catalepsia». Sospechando vagamente el sentido de aquellas palabras, experimenté entonces un leve placer, el placer de poseer algo extraordinario.... Más tarde leí en un libro de Patología, buscado quizás por la sugestión venenosa de sus láminas cárdenas, que esta suerte de accesos, generadores de magna tensión nerviosa, solían también resolverse en una muerte fulminante. Esta vez ref intempestivamente, ref para reaccionar del calorífico que como una hoz helada cortó mi cuerpo....

Con todo fui feliz. Mi juventud fue besada por toda la teoría de dioses amables que otorgan los dones. Una tía, arrugada y vivaracha como un hada caduca, puso un hermoso rubí en mi dedo anular; y por él vi la vida como un vasto panorama rosa. Al cabo comulgué con las cálidas hostias de Bros; y hasta el Amor vino a mí domado y sin flechas. Una joven, rósea y cándida, prometedora de fecunda cría, me amó hasta lo absoluto; siguió enloquecida mis miradas; lloró ante el miedo remoto de perderme. Yo saboreé la novela sencilla, al ras de la tierra, que había soñado siempre para mi mesa hogarina.... Cambiándola el nombre la llamé Carlota, como la de Werther.

¡Hice mal en no advertirla de mi carcinoma oculto!.... En todo caso debe considerarse que ya la crisis me otorgaba largos eclipses, que el optimismo de las energías físicas nació con el hombre y perduró más allá de la serpiente, que yo, había anhelado mucho aquella paz junto a una gran

muchacha hija del pincel de Rubens, que estaba enamorado en fin . . .

Una tarde . . . Sí, fue otra tarde, en la frescura de una calle de comercio, cuando terminó mi vida palpable y real, la que confieso indisecurable . . . Aquella tarde volví a sentir sobre mi pecho, en la garganta extrangulada, en mis manos que se contraían, la llamada del viejo tirano, ávido de compensarse de una larga tregua. Pero esta vez fue definitivo. Guardo una vaga memoria de que me desplomé sobre un coche, balbuceando mi dirección . . . ¿Cómo subí a nuestro piso, cómo lo dije a mi mujer? . . . No me doy cuenta, o tal vez lo he dejado en las brumas de una memoria podrida. Sólo guardo clavada la sensación de descoyuntamiento, la horrible sensación del espinezo curvado hacia atrás . . . El fantasma del libro de Patología, abierto por la página reveladora, danzaba ante mis ojos . . .

Luego entre el revoloteo de faldas que crepitan en las escaleras, entre las ondas intensas del éter, tal vez una hora, tal vez muchas horas después, comencé a comprobar un aflojamiento benéfico de los músculos tirantes, una atenuación grata de las visiones externas . . . ¿Sería la vida volviendo, o la muerte llegando? ¡Cómo saberlo! . . .

De pronto una mano tomó la mía inerte, una cabeza horrenda se posó sobre mi corazón. Era el doctor, era la solución . . . Las canas ásperas, verdosas, barrieron suavemente mi barbilla . . . ¡Ah! . . . Desventurado . . . La horrenda cabeza tambaleó con desaliento.

¡Esto se fue, dijo con sencillez académica. (¿Por qué, Dios mío, por qué se emplearán siempre las fórmulas banales para los momentos solemnes?)

Entonces sentí como si atravesara nubes, muchas nubes espesas y algoborrosas, semejantes a las de esos mares blancos que se cruzan en los arduos trenes alpinos. Al cabo,—un minuto, una hora!—fue un tenue resplandor remoto; líneas de cosas y hombres se insinuaron en la lejanía, y mis pupilas inmóviles volvieron a refrescarse lentamente con la visión de mis formas queridas. Una llanita de

esperanza aleteó en mi quietud yerta . . . ¡Si no fuera verdad, si el doctor se hubiera engañado . . . ! Mi cerebro como por estímulo súbito, se abrió un camino entre las nieblas preguntando a mis ojos que veían claro en derredor. ¡Ah, sí, la catalepsia! La bendita catalépsia, si era cosa de adjetivar! . . . Quise decirlo netamente, quise gritar su error a aquel infame levitón . . . No me lloréis todavía, hermosos ojos azules; voces aldeanas, soñadas siempre para mi táfumulo, no es hora aun de lamentarme . . .

Pero otra vez me suspiró más futima:—Desdichado ¿qué sabes tú lo que es la muerte? . . .

¡Oh, cierto, cierto! . . . También podría verse con ojos de ultratumba . . . Acaso si se asistirá en muda expectación a esta loca comedia que acá abajo representamos. ¿Quién lo ha contado? ¿quién puede negar que todo esto, en suma, no sea el errante cavilar de un muerto? . . .

Desde aquel punto comencé mi calvario; esta abrasadora penitencia de la duda que mi historia posterior no ha logrado despejar.

Todo, todo lo he observado con la misma lúmpia visión que antes. He visto cómo me trasladaban, desmadrado y duetil, a un lecho blanco, cómo me envolvían en sábanas olorosas a benjuí, cómo depositaron en mi cámara unos candelabros y unas alfombras, cómo al cabo me embalaban en una caja negra donde reían baratijas de plata. Así fui sintiendo la lenta congelación, la que prepara a la frialdad de la lápida, continua, inexorable desde las piernas al vientre. Sobre mi cuerpo rígido vino a posar su cabeza mi pobre Carlota, y aún pude gozar la unción tibia de sus lágrimas.

Tales percepciones me daban la evidencia de mi vida . . . ¡Tal vez . . . ! Con todo, la vida es la acción. ¿Por qué mi lengua no podía rezar? . . . ¿Por qué en mis labios no temblaba un beso? ¡Ah, no; muerto y bien muerto estaba . . . ! A fuera lo repetían todos y la fuerza de la mayoría empezaba a convencerme. Un espejo aplicado a mis labios me deshacía con su lámina impoluta . . . ¿Quién hubiera pensado que eso tan simple fuera la muerte, esa pura asistencia

pasiva al panorama del mundo! . . . Mis ojos de muerto comenzaban a sondear la penumbra del misterio . . .

Pero de aquí arranca el pasaje extraño de esta narración cuya clave hallarán los sabios del futuro. Hacia aquella madrugada ocurrió algo trágico en la alcoba mortuoria. Mi espíritu permanecía aún en su estuche deleznable o acaso rondaba muy cerca de él. Ved que puedo darne buena cuenta de todo . . .

Mi mujer—sabéis que me amó sin treguas ni medida—mi mujer no podía conformarse a la idea de mi muerte. Así, netamente. Figuráos que de ello hablaron los periódicos. Mi Carlota, «la última romántica», decidió irse conmigo del mundo—¿a dónde, Dios mío?—y con seguro roncoteísmo consumó el sacrificio. Fue luego elemental: de entre los consuelos húmedos de las amigas se desprendió hasta la alcoba mortuoria, me besó en silencio largamente, después empapó furtivamente sus vestidos con un frasco de algo oloroso, tal vez alcohol, y con pausa solemne aplicó a ellos uno de los amarillos blandones ardientes . . . No puedo prodigar más detalles: una claridad inmensa, un clamor informe, un olor a comidas asadas . . .

No sé si desde aquel minuto he empezado a soñar. Diré lo que recuerdo . . . En pos de la negra comitiva que ahullaba conduciendo a Carlota, creó que mis músculos rígidos hicieron un esfuerzo supremo para gritar y que mis manos probaron a estirarse hacia los bordes de la caja. Uno de los circunstantes me miró fijamente con ojos que se iban desbordando. Después hubo un leve tacto de codos entre los que avizoraban la desnudez de Carlota, cuya belleza gemía profanada. Todas las pupilas fueron clavándose en las mías y algunos hombres retrocedieron. Una mujer al fin, echó sobre mi rostro un pico del sudario; y entre el hormigueo de la sangre rediviva, entre la rebelión de las manos que querían aplaudir y de los ojos que querían llorar, sentí cómo unos brazos temblones levantaban mi ataúd y lo transportaban a otra cámara. Y la vuelta a la vida, no tan tenue y blanda como el viaje a la muerte, fué en una jornada de lá-

grimas, puras como hasta entonces no las había derramado . . .

Cuando pude ver a mi pobre horofina, ya sus ojos se habían cerrado a mi dicha. Con el sol aún de rosa la trasportamos a la caja sombría que yo había abandonado. Los mismos cirios iluminaron su lividez, y los diarios de la tarde anunciaron su entierro como los de la mañana habían invitado al mío. Lloré sin descanso varias horas. Fuera llovía como llovía, Dios santo! . . .

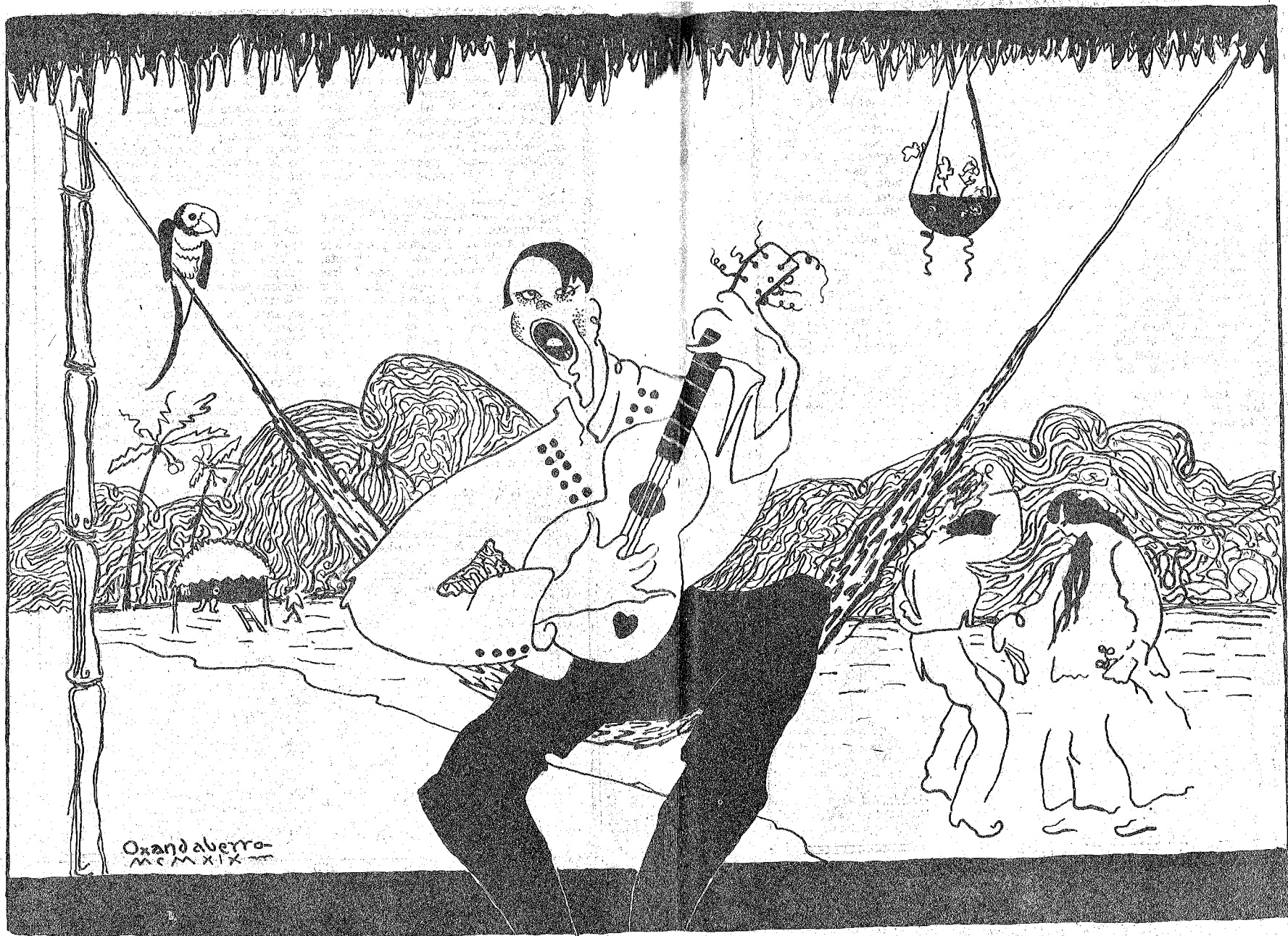
Pero a poco, por detalles aislados, me iba formando la conciencia de que vivía de nuevo, todavía sin atreverme a jurar que no me hubiese muerto nunca. De sobre el féretro de mi Carlota tomaba a veces una flor—de mis flores—y a modo de comprobación aspiraba su perfume, acaso con un deleite que en aquel instante me hubiera sido triste confesar . . .

Pero he aquí que toda mi torre de esperanzas, se desplomó horas más tarde, con la luz embrujadora del crepúsculo, ante una simple interrogación, misteriosamente formulada por alguien que se cogió a mi brazo un segundo, mientras seguíamos entre los cipreses la negra caja suntuosa:

—¿Es que usted está seguro de no ser el muerto?

¡Diablo! Era una voz conocida, casi puedo afirmar que era la del médico horrendo que horas antes certificó mi muerte. Pero al volver el rostro me encontré solo, a muchos pasos de un grupo que comentaba la última nota política. Súbito, sin tener con qué negar la verdad asentada en aquel certificado fehaciente, me doblé como bajo una maza, vencida por la lógica aplastante de la pregunta.

Ciertamente. ¿De quién podía ser aquel ataúd sino mío? . . . Concurría a mi entierro como antes había asistido a mi velorio. Por lo menos la única muerte natural, comprobada, vista por ojos de humano vivo, era la mía. La otra, la tragedia roja de mi mujer se había desarrollado ante mis ojos de muerto, y aunque luego mis manos palparon el extraño suceso, todo esto había tenido su arranque en mis primeras sensaciones de ultratumba. Ergo, justo es que fuera la continuación de un extraño espejismo de «esa



región de donde ningún viajero ha vuelto".

Quise aún con loco deseo de asirme a la vida, coordinar y poner en relieve firme toda la serie de menudos hechos que en aquella mañana me habían testimoniado mi existencia real . . . La felicitación contenida de una comisión obrera, el pésame sospechoso de mi prima, el sastre que me improvisa un luto barato, el tío del campo . . . Pero todos, destacados o juntos, acensaban un lamentable ilogismo una enorme inverosimilitud. Inadmisible; mis métodos filosóficos de interpretación se rebelaban. ¡Inadmisibles y ridículos! . . .

Mi espíritu sonrió penosamente en aquel ocaso, al desaparecer el atadú en el hueco de la tierra, rayada y lustrosa por los golpes del zapapico. Mi mano—seguramente la mano de algún pariente a cuyo espíritu se acopló por un minuto el mío errante—devolvió muchas veces el estrechón ceremonioso y medido del dolor arcano.

En lo adelante debía rodar desorientado por este puente sin estribos, infinitamente suspendido entre la vi-

da y la muerte. Ambas orillas se dibujaban bien lejos, y sus contornos se esfuman. El pobre examen inductivo me satisface muy mediocremente. Y así, cuando me pregunto por qué no volví a ver desde la noche trágica a mi dulce amiga, no tengo que hacer esfuerzos para contestarme que una negación no prueba nada, ni en este caso puede ser un argumento para jurar sobre la muerte de Carlota.

Ved: he escrito todo esto, con tinta y pluma bien terrenales y sobre papel que quedará para los sabios futuros que han de hacer hablar a la Esfinge y bien; mi ansiedad queda hirviendo: . . . Y ¿quién puede afirmar que no ha sido un puño ajeno, un grueso puño de obrero, el que se ha movido salvanzado por mi espíritu inquieto? Y que sus mismos temblores convulsos no son los que me traen una impresión de vida, haciéndome sufrir la alucinación intermitente de que estoy vivo!

¡Oh, creed que es un puente danfesco! . . . Si al menos pudiera saltarse por sobre el pretil y no estar ni vivo ni muerto . . .

## NORMA

Cuida de cantar siempre con voz serena y para la dulzura de un hondo motivo de cristal; y que tus labios ricos de armoniosa finura preludien el «allegro» de la hora matinal.

Haz de tu alma la doble sencillez de una lira que cante el viejo triunfo de la ciencia carnal; mientras la doble cuerda levemente suspira la clegía de las hojas de un jardín otoñal.

Deja fluir la loca melodía de tu flauta y el ruiseñor del bosque sea tu lírica pauta, si amoroso de luna, su romanza delira.

Sé complicado y simple, perenne y pasajero y sé como las rosas nevadas del sendero, la perfumada gracia de una fugaz mentira.

**J. J. Pino de Icaza.**

*Guayaquil: 1919.*

## NOCTURNO

«La noche, los recuerdos»  
la llama de un velón que crepitaba  
sobre un armario gótico,  
en un rincón de la severa estancia  
de un antiguo reloj la manecilla  
la fuga de las horas señalaba.

Yo junto a ella, de hinojos  
con mis manos sus manos estrechaba,  
mis ojos siempre fijos en sus ojos  
brillantes sus pupilas por las lágrimas  
con intensa emoción, casi con miedo  
la dije mi pasión y mi esperanza.

En los gruesos barrotes de la reja  
la brisa murmuraba. . . . .

\* \* \*

Una enorme balada de desdichas  
ha escrito la carcoma  
en indelebles notas perforadas  
sobre el gótico armario de caoba.

Hoy me encuentro en la estancia  
con su recuerdo a solas.

La mano del reloj sigue marcando  
la fuga de las horas.

**León B. Palacios.**

*Guayaquil: 1919.*

**NOTA.**—He aquí un exilado en la «Plus Haute Tour», de que hablara aquel divino demoníaco que llamó Arthur Rimbaud. Silencioso y recogido, fue uno de los primeros que interpretó en su pánica flauta, las celestes músicas venidas de los líricos boscajes de nuestro Padre Verlaine; y poniendo en ellas cuanto de propio había, instrumentó deliciosas palabras sinfónicas que irritaron los sordos tímpanos de doctos neadémicos y señores graves.

Hoy pasado el antiguo avatar juvenil se eleva hacia una alegría más este y más pura, aunque no menos bella que la adorable embriaguez niña; y deja junto al viejo rictus satánico y maligno, su antigua piel lírica manchada a largos trechos.

De su actuación anterior sólo queda el recuerdo del fraterno cenáculo que con el malogrado Jean d'Agrève, Falconí Villagómez y otros dilectos espíritus fundara en sus días inolvidables.

Hoy, de su cartera herméctica y sellada hemos podido sustraer para «Carta» esta fina y deliciosa composición que recuerda la voz grave y doliente del mago Poeta del «Nocturno».

**J. J. Pino de Icaza.**

# LO QUE PIENSAN ELLAS DEL BAILE DE MASCARAS

## Carta de Stella a Inés

Para Inés:

En Quito.

Debo a la galantería de los R.R. de «Caricatura» el poder dirigirme a ti, querida amiga mía, desde estas prestigiadas columnas, no para contarte— porque supongo ya habrás leído las revistas de los periódicos, lo que fue el tan comentado baile de máscaras de el martes, sino, más bien, porque he querido departir contigo un momento y hacerte saber las impresiones que en mí dejaron las escasas horas de esa fiesta sin igual y sin precedente.

Digo mal al decir baile de máscaras: en mi concepto, esa hermosísima fiesta, no fue un baile de máscaras que, sinceramente, me habría gustado más, sino un baile de etiqueta, un baile de trajes, que nada tiene que ver con ese delicioso ambiente de aventura y de intriga que es la característica de un baile de máscaras al que una asiste preparada a las más extrañas sorpresas y a las más variadas emociones.

Pero si no tuvo los mismos encantos de un *veglione* (no creas que uso esta palabreja exótica por dármeles de erudita) tuvo otros no menos sugestivos y adorables que hicieron la fiesta deliciosa y encantadora en esplendidez y elegancia.

No era de extrañar el lujo y la magnificencia que en ella reinaron, pues tiempo hubo de sobra para prepararse, pero si me llamó grandemente la atención el buen gusto y el *chic* que fueron las notas más salientes y hablaron muy alto de la cultura de nuestra sociedad.

Hubo momentos en los que me creía transportada a un país de maravilla, y sin gran esfuerzo podía figurarme en la corte de Versalles, por ejemplo, viendo bailar las pavanas y los mi-

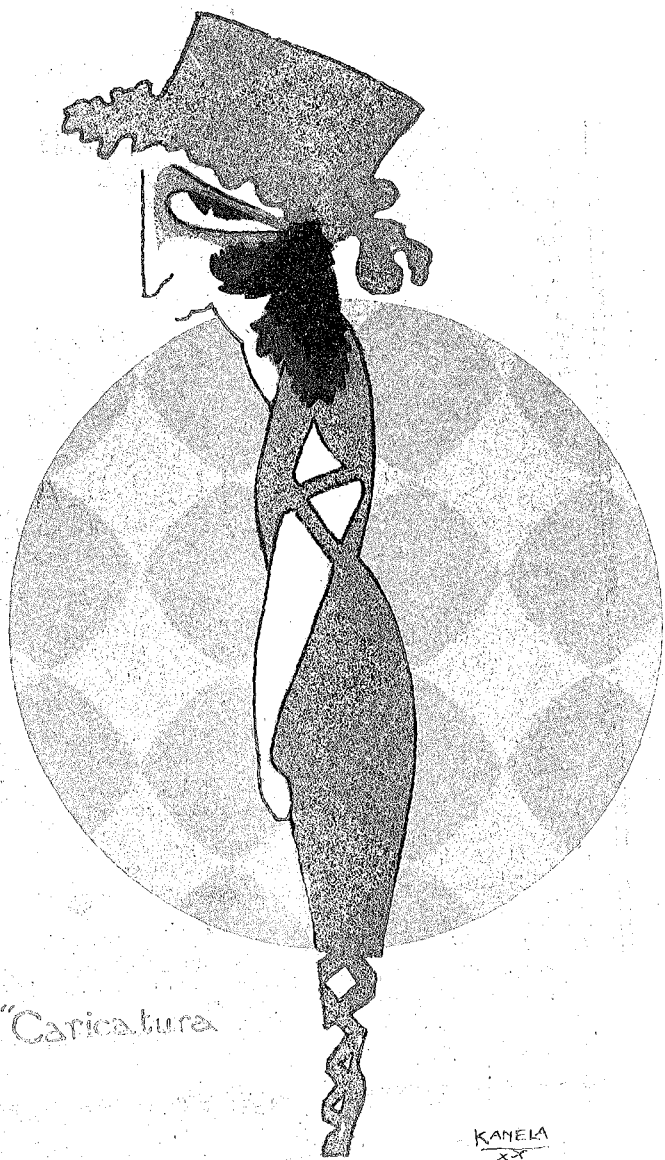
nuets, a las marquesas pastoras de pelucas empolvadas, con los chambelanes y caballeros del buen rey Luis Capeto, al no haber puesto su nota en el cuadro, el encantador anacronismo de un frac, de algún otro disfraz o de una *toilette* de baile, muy siglo XX, no obstante los labios de fresa, las ojeras violetas y los zapatitos Luis XV de las marquesas Pompadour y de las Manon Lescaut, que, quizá encontraron su caballero de Grioux tras del rostro enharinado de un Pierrot.

Y qué decirte de las Marias de Medici, de las Isabelle de Valois, de las Constantinas, de las Brucias y de las Salomé que eran capaces de volvernos a los tiempos de los papas artistas y envenenadores, quebrantar la virtud del más austero senador romano y levantar de su sepulcro al Tetrarca de Galilea, que les habría concedido la cabeza de otro Jokaanan, solamente por verlas danzar.

Y era cosa de ver cómo una linda oriental que no desentonaría, por cierto, en ninguna de esas silenciosas calles de Stambul, dando el brazo a un caballero de patillas y con una levita 1830, separaba cuidadosamente del rostro su blanco *tcharchaf* de gasa para sonreír con una sonrisa muy occidental y se preparaba a bailar un *one-step*. Y era de ver también cómo las que resucitaban la Grecia inmortal, en la eutritmia de la línea y en la graciosa severidad del pliegue de un vestido recobraban su aire de frivolidad moderna cuando la orquesta iniciaba los compases de un *fox-trot*.

De desear sería que los R. R. de «Caricatura» (no quiero adularlos) tan aficionados a los *Interviews*, hicieran algunas sobre las emociones que en todas nosotras han producido estas cosas, a pesar que desde que ellos comenzaron a explotar este filón perio-





Album de "Caricatura"

KANELA  
XX

dístico, todos los días se publica un reportaje, en serio o en broma, y hoy hasta los de "El Comercio" hacen interviews.

En cuanto a mí, podría decirte que por estimar el menos incómodo de los disfraces, y el más apropiado a mi *temperamento*, asistí disfrazada de mí misma, sin que por eso quiera decirte que no he *firtariado* con un Hamlet, o con un Bobespiere, o con un caballero de la época de Alfred de Musset, y que no me he abandonado en los brazos de un pierrot a los melodiosos acordes de un *valse*, y en los de un caballero florentino o veneciano al ritmo de can-can de un *foz-brot*, mientras oía, al pasar por delante de un grupo de mosqueteros y caballeros de la corte de Francisco I, las galanterías que brotaban a flor de labio para una linda mariposa de alas de gasa y alambre y de ojeras apasionadas, y dos pierrots con hibridación de frac comentaban en inglés el exotismo de

buen tono de una fresca muchachita disfrazada con un elegante Topsy Turby.

Fuiste tonta en no venir, ¿qué te importaba que *él* no estuviese bien contigo? Por el contrario, debías haberle ver que no te importaba un comino su enojo, y bailar y mostrarle alegría y buen humor y hasta *firtear* con otro, ¿no es cierto? porque a los hombres hay que tratarlos mal para que sean buenos, aunque ellos digan que los azotes que les damos son como si les diéramos con flores en la punta de la nariz.

¿Por qué no has venido a verme? Si no vienes hasta el domingo iré yo a sacarte de tu nebla reclusión y de tu aislamiento y a hacerte olvidar.

¿Quiéres que nos veamos el domingo en la tanda?

Adiós.

Tuya,

STELLA.

## ANGELUS LILA

(Inédito)

*I se durmió la tarde en tus ojeras.*

Herrera. Raissig.

El parque era al Pontiente de belleza inefable  
difundiendo un motivo de acuarela al violeta  
y en un banco de mármol tu silueta impecable  
parecía escapada de una antigua viñeta.

Recorrías con gesto ya sonriente, ya grave  
el breviario de Horas de un galante poeta.  
Y tus ojos leían la palabra: «¿quién sabe?»  
Y a tu faz asomaba una angustia secreta.

Desde un sauce cantaba su canción un jilguero,  
el caer de las hojas alfombraba el sendero  
y tú estabas romántica descifrando el «quien sabe»,

Fue el crepúsculo blando propicio a tus quimeras,  
rodó a tus pies el libro con un quejido suave  
y se quedó la tarde dormida en tus ojeras . . . !

F. A. FALCONI - VILLAGÓMEZ.

Riobamba: Parque «Maldonado»

## ABEL BOTELHO

PARA "CÁRICA TURA"

*"As flores; as flores del verde pino,  
Si supiérades nuevas de mi amigo.  
«As Dios» ¿dónde está?"*

(Cantar de amigo—por Rei D. Diniz.—del siglo XIII).

"Un año ya, que falleció Abel Botelho". . .

Que falleció lejos de su patria amada, por la cual tanto hizo y a donde disponíase retornar, enfermo y con dolor de ausencia.

Lejos de su patria le tocó morir, pero no en tierra extraña. El amó a la Argentina y ésta, a su vez, no dejó de brindarle calor y afecto.

Sólo y lejos de su patria. Pero así debía ser, peregrino que fué de la belleza.

Encarnábase maravillosamente en él esa sublime y rara trilogía: Bondad—Talento—y Modestia suma.—Hay sin duda misteriosos signos entre el ser errante y la estrella que lo guía—rezata uno de los oradores, en la dedicación de aquella tarde triste, ante los restos de aquel mago de la amena instrucción de arte, como un Hipólito Taine unido en armonía a un Paul de Saint Víctor, según el mismo orador.

La muerte de aquel hombre me ha arrancado lágrimas. Fué el único gentilhomme que he conocido en mi vida; quizá el único, quizá el último que exista en los tiempos modernos, en que los Cresos quieren gobernar la tierra.

\*\*\*

Vengo esta noche, 24 de abril, del funeral cívico celebrado en el Salón del Centro Republicano Portugués a la memoria del que fué Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en las Repúblicas de Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, Coronel Abel Acazio D' Almeida Botelho. Traigo el alma, ya amargada por tan-

to y tanto duelo como el que arrastro actualmente, duelo que me ha enfermado de luto para toda mi vida, traigo el alma saturada de eternidad y misterio. El acto, que a todas luces ha sido hijo de toda clase de esfuerzos de parte de sus organizadores, ha estado encuadrado en la mas rayana sencillez.

Toda aquella pompa de hace un año, ruidosa y deslumbrante, todas aquellas aparatositades protocolares; aquel desfile de diplomáticos por el severo salón del Majestic Hotel, transformado en suntuosa cámara mortuoria; todo aquel boato que la vanidad humana tanto precia; el relucir de charreteras y el ruido de las espadas, apagado por el murmullo de las galerías; las fuerzas militares alineadas frente a la Recoleta y el resonar de las salvas reglamentarias; todo eso no decía nada de aquel hombre bueno que, según las crónicas, no era diplomático, de la misma manera que no era militar, a pesar de su grado de Coronel del Estado Mayor, y del mismo modo que no era cortesano, a despecho de la amistad con que le distinguió por algunos años el rey D. Carlos de Portugal.—Abel Botelho era algo más que todo eso—dice la crónica—desde la muerte de Eça de Queirós, correspondíale ya el título de primer novelista portugués; palabras estas llenas de exactitud, que muy pocos habrán entendido y que quizá sean peligrosas para colocarse en un diario. Puede decirse de él, con igual justicia, lo que Darío dijo de otro artista y diplomático, Amado Nervo: que a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su corazón de sensitivo no han sido

contaminados por las promiscuidades de la Carrera . . .

El acto de esta noche ha sido humilde. Pocos discursos; muchos silencios. Discursos que eran rezos; silencios que eran lloros; y en estos últimos, mis labios repetían y mis oídos resonaban, palabras fuera de uso, palabras de uso remoto que decían sencilla y espontáneamente los oradores, posiblemente sin la intención de decirlos, cuya esencia impregnaba el ambiente con suavidad de un canto, cual fragmento de un salmo olvidado.

traído a la memoria en alas del afecto y envuelto en alas del recuerdo. Cosas raras y anticuadas esas, que mis labios repetían y en mis oídos resonaban, en los intermedios silenciosos que eran llorosos.

ALBERTO ZAMBONINI  
LEGUIZAMON

(Por falta de espacio, dejamos para otro número la conclusión de este valioso envío hecho a "Caricatura".

## SINCERIDAD

*Para ti.*

*Como aquel caballero de española leyenda  
sabio en el juego eterno de embustes y de amores  
que a todo corazón hizo la misma ofrenda  
y en cada blanca mano puso las mismas flores,*

*yo también he burlado los más puros anhelos,  
mis besos han turbado la más terca virtud;  
mis novias engañadas, en lánguidos desvelos,  
lloraron como inútil su triunfal juventud.*

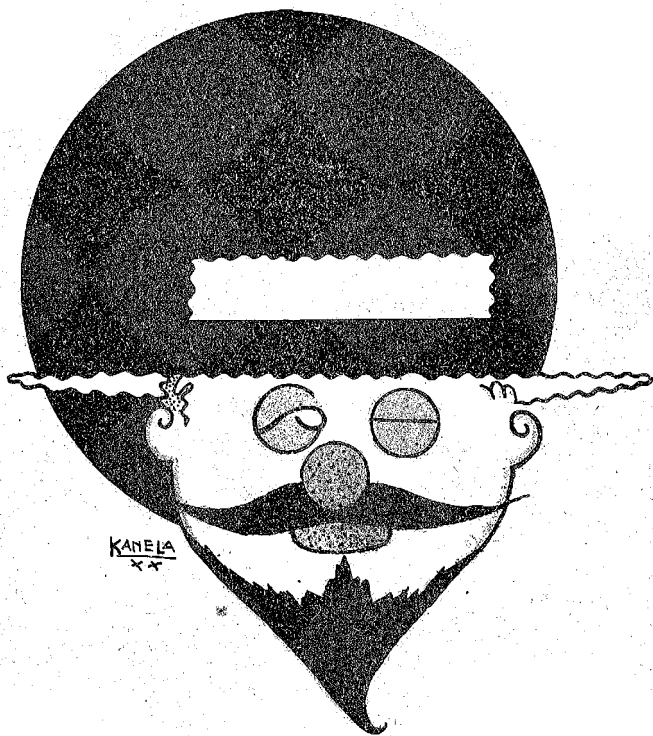
*Pero tras de esa farsa loca y frívola, guardo,  
para mis horas íntimas de sincero soñar  
el femenino recuerdo perfumado de nardo*

*que en una azul mañana diáfana y bella  
una pálida virgen me lo quiso obsequiar . . . . .*

*—Yo sé que tú no ignoras el gentil nombre de Ella!*

**Guillermo Bustamante.**

Sección Hípica



FOTOGRAFIA

BARATO

**Sello Royal JAD**

G.P.C. Tomson & Co. FABRICANTES Philadelphia Pa. E.U.A.

Teléfono 3 9 0                      Apartado 2 9 7

**Manuel M. Rojas**

Confecciona toda clase de vestidos al gusto más exigente.—Especialidad en trabajos para militares.

**Grandes Talleres de Fotografado**

DE LA  
ESCUELA DE  
ARTES  
Y OFICIOS

Se garantiza la prontitud y nitidez de los trabajos.

Grabados en uno o más colores, para Diarios, Revistas, Catálogos, Etiquetas, etc.

**Instalación Eléctrica Moderna.**

Trabajos listos en 40 minutos con los más hábiles operarios.

Teléfono Núm. 7 1 4
Apartado N°: 72

Agencias en el centro de la ciudad:—*Señorita Hortensia Paz Coronel*, Plaza de la Independencia y en el Almacén de Especialidades del *Sr. Eduardo Rivera*, Carrera Venezuela.

# EDUARDO RIVERA

Calle del Correo. -- Frente al Pasaje Royal.

TELEFONO 549

SOMBREROS de paja mocora último estilo

V B D

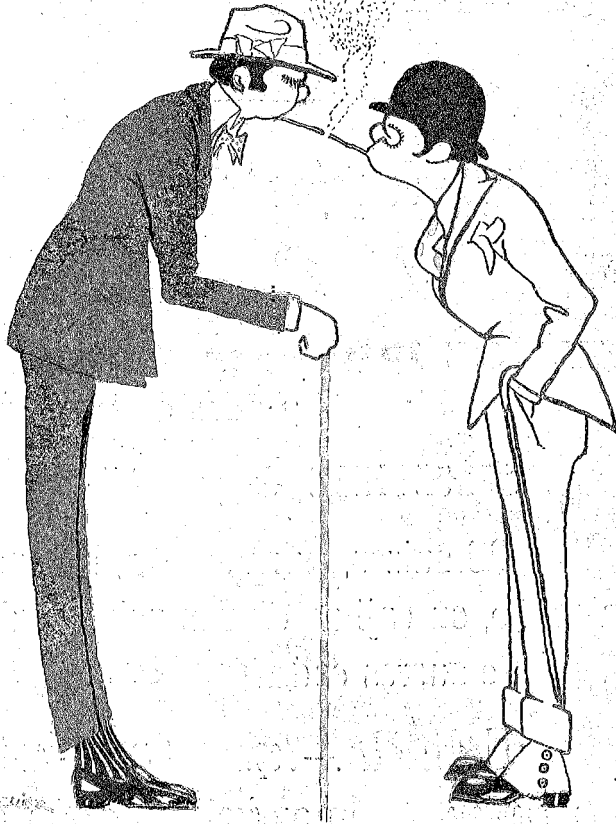
**TERNOS** interiores

para caballeros

CALCETINES de puro hilo.

PAÑUELOS suizos, para señora, bordados  
a mano, en cajitas de fantasía, desde  
2 suces cada **cajita.**

PERFUMERIA.--- Cepillos Pro-phy-lac-tic  
para dientes.---Crema dental.---Jabón de  
Reuter, legítimo.---Cremas, Cosmético  
y Kosmeo.---Polvos de talcos, etc. etc.



ISARRILLOS

OROMA



# CARICATURA

